

**Una crónica poética de los jesuitas quiteños
expulsos en *El ocioso en Faenza***

**A Poetic Chronicle of the Exiled Jesuits
from Quito in *El ocioso en Faenza***

JOSÉ CARLOS ROVIRA

Universidad de Alicante

<https://orcid.org/0000-0002-4075-1840>

CESXVIII, núm. 31 (2021), págs. 209-233

DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.31.2021.209-233>

ISSN: 1131-9879

ISSNe: 2697-0643



OVIEDO^{es}
FUNDACIÓN MUNICIPAL DE CULTURA



**INSTITUTO FEIJOO DE
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII**

RESUMEN

Se estudian poemas de la recopilación *El ocioso en Faenza*, realizada en cinco volúmenes manuscritos por el jesuita Juan de Velasco, cuya personalidad como historiador del «Reino de Quito» es muy relevante. En *El ocioso*, donde se recogen poemas de varios jesuitas exiliados en Faenza y en las ciudades de la geografía cercana, se tratan muchos motivos: nuestra lectura ha querido incidir, partiendo de las realizadas en amplios repertorios y estudios por Alejandro Carrión, Aurelio Espinosa y Hernán Rodríguez Castelo, en las ideas y las formas de supervivencia que, a través de sus textos, mantuvieron en sus poemas aquellos jesuitas que, mediante añoranzas de Quito, defensas de la Compañía de Jesús exiliada y disuelta, debates teológicos algo disparatados, lecturas literarias o bromas poéticas y memoria de sí mismos en aquel trance, junto a diálogos con los próximos, crearon una red de relaciones poéticas que los mantuvo cultural y socialmente activos.

PALABRAS CLAVE

Jesuitas, Expulsos, Faenza, *El ocioso*, Red, Poesía, Cultura.

ABSTRACT

This article studies the poems from the collection *El ocioso en Faenza*, organized in five large manuscripts by the Jesuit Juan de Velasco, whose presence as a historian of the «Kingdom of Quito» is very relevant. *El ocioso*, a collection of poems by several Jesuits exiled in Faenza and nearby cities, deals with many motifs: based on those carried out in extensive repertoires and studies by Alejandro Carrión, Aurelio Espinosa and Hernán Rodríguez Castelo, has sought to focus on the ideas and survival modes which, through their texts, were maintained in Jesuits' poems thanks to several elements. Their longing for Quito and the defenses of the exiled and dissolved Society of Jesus, in addition to somewhat crazy theological debates; literary readings or poetic jokes and memories of themselves in those circumstances, together between dialogues with those close to them, helped Jesuits create a network of poetic relationships that kept them culturally and socially active.

KEY WORDS

Jesuits, Exiles, Faenza, *El ocioso*, Network, Poetry, Culture.

Recibido: 23/2/2021. *Aceptado:* 18/3/2021.

Al maestro Enrique Giménez López, por tantas cosas.

El 20 de agosto de 1767 fue un día aciago, el más desdichado, para los jesuitas de Hispanoamérica, tras el destierro de España iniciado en abril. Después de las expulsiones de Portugal (1759) y Francia (1762), Carlos III había firmado el decreto de eliminación y destierro de la orden en todos los territorios de la corona. Hay un relato amplio de lo que pasó en muchos lugares, por diarios y testimonios de los que padecieron el acontecimiento. Por ejemplo, en Quito, uno de los protagonistas narra:

[...] a cosa de las 4 de la mañana llegó a las puertas de este Colegio Máximo el Sr. Presidente Dn. Joseph Diguja y Villagómez, escoltado de una compañía de granaderos, que habiendo entrado adentro, puso guardias en las puertas, y pidió al P. Provincial juntase su Comunidad a quien tenía que hablarles; y habiéndose ejecutado, y que todos juntos estuvimos en la Quietude, comenzó a hablar una cristiana y discreta arenga en que nos trajo a la memoria los trabajos y persecuciones que en diversos tiempos había padecido la Compañía, y nos exhortaba a la paciencia y sufrimiento y a conformarnos con la divina voluntad que así lo había permitido y permitía por sus altos juicios¹.

Es un relato minucioso el que escribió el Padre Isidro Losa, desde la madrugada del día de la expulsión hasta su llegada a Italia, a Faenza, el último día de marzo de 1769, tras pasar por Cartagena, La Habana, Cádiz, La Spezia, Bolonia, con los nombres y circunstancias de los que fueron muriendo en tan largo viaje...él mismo, tras dos meses en Faenza, se dirigió a Rávena donde tuvo su residencia, tras la dispersión de los dos mil quinientos jesuitas procedentes de América, más los dos mil de España, por los estados pontificios.

Junto a las penalidades y maltrato en el largo viaje, narra un respiro tras la llegada a Italia y la residencia en diversas ciudades, en las que desde el princi-

¹ Isidro LOSA, «Diario del arresto en Quito y Viaje a Italia», en Aurelio Espinosa Pólit (ed.), *Los jesuitas quiteños del extrañamiento*, Quito / Puebla (México), Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Ed. J. M. Cajica, 1960, págs. 169-188. En <http://www.cervantesvirtual.com/obra/los-jesuitas-quitenos-del-extranamiento/>. Consultado el 15 de diciembre de 2020.

pio trazaron una red de relaciones que les permitió sobrevivir intelectualmente.

Podían hacerlo por la formación amplia de una parte importante de aquellos exiliados. En el caso de los quiteños, hay un documento a propósito de la formación que obtenían en sus colegios y concretamente en el Colegio Máximo, en cuyo interior estaba la Universidad de San Gregorio, junto al Seminario y Colegio de San Luis. Se trata del acta de expropiación de la Compañía con un inventario de bienes cuando «su secuestro», según lo llama el repertorio; en él, depone uno de los encargados de realizarlo, el doctor Antonio Viteri y Orozco, que había sido nombrado Rector de la Universidad de San Gregorio, y relata:

[...] que es constante y notorio que la Real y Pontificia Universidad de San Gregorio de esta ciudad, desde su primitiva y antigua erección, ha estado a cargo y gobierno de los padres de la Compañía de Jesús, del mismo modo que lo ha estado la casa de estudios del colegio Real mayor y seminario de San Luis; y siguiendo el estilo mas común de las escuelas de nuestros reinos en orden a las facultades con que en ellos es instruida la juventud; han mantenido con maestros jesuitas las cátedras siguientes. Una de filosofía; tres de teología, distribuidas en la de prima, la de vísperas y la de moral. También han tenido por tiempo en ejercicio la cátedra de Escritura Sagrada y por tiempos (como al presente) ha estado supresa. También han tenido siempre dos padres destinados a las aulas de gramática y latinidad en sus respectivas clases de menores, de humanidad y retórica. Estas han sido las cátedras que de tiempo inmemorial han regentado los mencionados padres; y posteriormente para mayor lustre de la (fol. 3v) universidad como para la utilidad y progreso de los alumnos del seminario destinaron un fundo principal de veinte mil pesos con cuyo rédito se dotasen las tres cátedras de instituta, de cánones y de leyes encomendadas a sujetos seculares de esta profesión cuyo establecimiento vino recientemente aprobado y confirmado por su Majestad. Los oficios y empleos respectivos al régimen de la universidad han sido en esta forma².

En estas cátedras mantenidas, dice, desde «tiempo inmemorial», destaca la gramática, la latinidad, las humanidades y la retórica; en el inventario además hay una valiosa biblioteca que contiene todos los autores principales de los Siglos de Oro.

Llegaban los jesuitas con este acervo formativo y ha sido tarea historiográfica destacada señalar la extensión cultural que realizaron en Italia, donde

² *Inventario del Colegio Seminario de San Luis de Quito y sus haciendas durante el secuestro en 1767*, edición digital, transcripción Francisco Peñas Rubio. En <http://www.cervantesvirtual.com/obra/inventario-del-colegio-seminario-de-san-luis-de-quito-y-sus-haciendas-durante-su-secuestro-en-1767/>, pág.7. Consultado 20 de octubre de 2020

figuras como Juan Andrés, Antonio Eximeno, José Francisco de Isla, o Lorenzo Hervás, son los principales ejemplos españoles, y Francisco Javier Clavijero o Juan Ignacio Molina, los hispanoamericanos, desde las perspectivas mexicana y chilena.

La Real Audiencia de Quito aportó a Italia otros jesuitas de renombrada presencia y a ese argumento voy a referirme. Creo que ha habido sobre todo una historiografía nacional realzándolos que resulta en cualquier caso muy valiosa: Aurelio Espinosa Pólit³, Alejandro Carrión⁴ o Hernán Rodríguez Castelo⁵ son la triada principal de la historiografía ecuatoriana que se ha ocupado de ellos desde los años sesenta del siglo pasado. Aunque parto de una síntesis de los mismos y de otros aportes, intentaré plantear algunos problemas que pueden ser nuevos.

En Faenza se instalaron 113 sacerdotes y 42 coadjutores⁶ entre quiteños y algunos paraguayos. Entre todos, hay que destacar una figura, la del padre Juan de Velasco.

Juan de Velasco y «El ocioso en Faenza»

La figura más relevante de los jesuitas quiteños en Faenza es sin duda Juan de Velasco⁷. Una obra suya, la *Historia del Reino de Quito*, tiene un valor fundacional para la historiografía ecuatoriana. De ella, nos resulta relevante la *Historia natural* que antecede a la *Historia antigua*, como volumen primero

³ Aurelio ESPINOSA PÓLIT (ed.), *Los jesuitas*, págs. 169-188.

⁴ Alejandro CARRIÓN, *Los poetas quiteños de «El ocioso en Faenza»*, Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1957, 2 vols.

⁵ Hernán RODRÍGUEZ CASTELO, *Literatura en la Audiencia de Quito. Siglo XVIII*. Parte IV de la *Historia General y Crítica de la Literatura Ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura «Benjamín Carrión», 2002.

⁶ Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ, *Biografía del exilio jesuítico (1767-1815)*, edición digital, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2020. (<http://www.cervantesvirtual.com/obra/biografia-del-exilio-jesuítico-1767-1815-1050297/>, pág. 9).

⁷ Resumo las biografías de los jesuitas sobre los que voy a tratar, utilizando el utilísimo repertorio citado en la nota anterior. De Juan de Velasco recuerdo como datos principales: «Nacido en Riobamba (Ecuador) el 6 de enero de 1727. Era hijo de Juan de Velasco y María Pérez. Ingresó en la Compañía en la Provincia de Quito en 1744. Sacerdote del Colegio de Popayán. Profeso de cuarto voto. Realizó su noviciado en el Colegio de Latacunga, y estudió Filosofía y Teología en el Colegio Máximo de Quito. Fue Maestro de Gramática en el Colegio de Cuenca. Realizó la tercera probación en el Colegio Máximo, donde fue operario, como también en el Colegio de Ibarra. Ejerció de Maestro de Filosofía en el Colegio de Popayán, donde se hallaba en 1767 como sacerdote de cuarto voto. Fue embarcado en Cartagena de Indias el 9 de noviembre de 1767 [...]. En Italia residió en Faenza, en la legación de Rávena, donde vivía en octubre de 1770, en abril de 1772, en enero de 1774, en abril y julio de 1783, en enero de 1790, y en la que falleció el 29 de junio de 1792» (GIMÉNEZ, *Biografía*, pág. 1780).

de la *Historia del Reino de Quito en la América meridional*. No hay duda de que se trata de una nueva respuesta, escrita en 1789, a las ideas degenerativas sobre América y su naturaleza continental que habían desarrollado Buffon, De Pauw, Raynal y Robertson⁸, y que ya habían combatido desde Italia el jesuita chileno Juan Ignacio Molina y el mexicano Francisco Javier Clavijero. El mejor intérprete de las posiciones contra esta polémica denigratoria, Antonello Gerbi, considera a los tres como los principales, aunque informa de que no conoce suficientemente la obra de Velasco al haber accedido a ella por fuentes indirectas antológicas, en las que destaca su fuerte impronta anti-depauwiana⁹.

En este sentido, en el de la defensa de América frente al ataque de una parte del pensamiento europeo, es certera la afirmación de Miguel Batllori cuando dice que «gracias a la colaboración de los exiliados hispano-portugueses, Italia llegó a ser, en el último cuarto de siglo XVIII, el centro más denso de todo el americanismo europeo»¹⁰.

Sobre el Juan de Velasco que vamos a tratar aquí, no es el de este aspecto, crucial para su valoración, sino el que en su exilio de Faenza preparó cinco volúmenes manuscritos, principalmente dedicados a la poesía, con el título de *El ocioso en Faenza*. Su lectura, en la que está la obra poética de Juan de Velasco y de otros jesuitas ecuatorianos y también de otros orígenes, radicados en otros lugares de Italia, no nos deparará una gran satisfacción por la poesía que escribieron, ni tampoco ninguna emoción. Considero en general que fueron artificios retóricos de quienes habían aprendido a escribir en estrofas y rimas y, con buena voluntad, daban cuenta de sus inquietudes religiosas y sociales, de su extrañamiento, de los grandes temas y momentos que rodeaban a los jesuitas expulsos, de sus añoranzas y sus rechazos cotidianos. Se trata por tanto de estudiar y valorar esta poesía como la plasmación temática de lo que un conjunto de jesuitas expresaron como crónica, amplia, dispersa, fragmentaria, de lo que vivían, sentían, pensaban o debían pensar. Diarios y crónicas de jesuitas exiliados, conservados por la compañía o personas próximas que los protegían, han sido un caudal para la historiografía del siglo XVIII europeo e hispanoame-

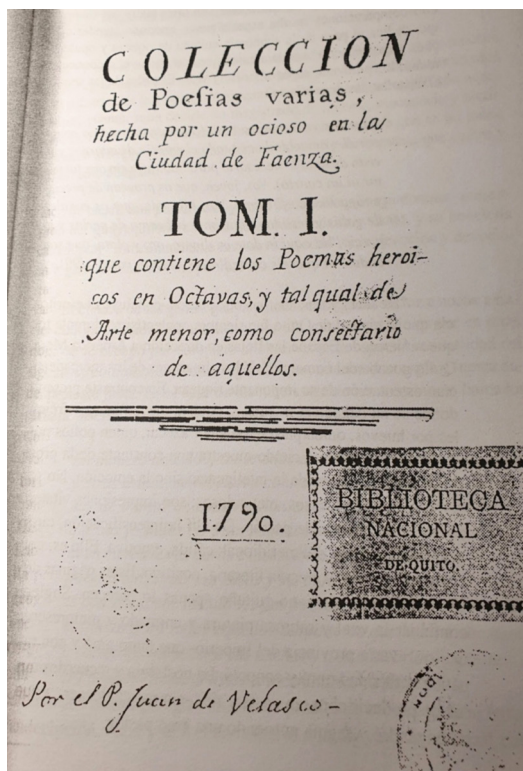
⁸ Un análisis de la defensa de América que significaba este estudio en Silvia NAVIA MÉNDEZ-BONITO, «Las historias naturales de Francisco Javier Clavijero, Juan Ignacio de Molina y Juan de Velasco», en Luis Millones y Rodrigo Ledesma (eds.), *El saber de los jesuitas, historias naturales y el Nuevo Mundo*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005, págs. 225-250; también Luis HACHIN LARA, «De la historia moral a la historia civil en el compendio de la *Historia del Reino de Chile* (1787) del abate Juan Ignacio Molina», *Literatura y Lingüística* (Universidad Católica Raúl Silva Henríquez), 19, 2008, págs. 31-37.

⁹ Antonello GERBI, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, México, FCE, 1993, pág. 385.

¹⁰ Miguel BATLLORI, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, Gredos, 1966, pág.590.

ricano¹¹. Un diario a varias manos¹², basado principalmente en la poesía como medio expresivo, es el que construyen los cinco volúmenes manuscritos de *El ocioso en Faenza*. Vamos a proceder a una lectura de algunos de estos motivos en esta obra, no tanto como poesía, cuyo valor generalmente es más que dudoso, sino como crónica de aquellos tiempos de exilio.

Reproducimos la cubierta del manuscrito de la obra, conservado en la Biblioteca Nacional de Ecuador¹³:



¹¹ Un trabajo importante sobre estos diarios es el de Inmaculada FERNÁNDEZ ARRILLAGA, *Tiempo que pasa, verdad que huye: Crónicas inéditas de jesuitas expulsados por Carlos III (1767-181)*, Alicante, Universidad de Alicante, 2013.

¹² Algunas partes de la obra no responden a este sentido, como la casi totalidad del volumen segundo, que contiene sólo reproducción de poemas de la literatura española o de la novohispana, sin más criterio antológico que seleccionar modelos entre lo que tenían próximos o podían conseguir (CARRIÓN, *Los poetas*, I, págs. 78-82)

¹³ Utilizo la reproducción de RODRÍGUEZ CASTELO, *Literatura*, I, pág. 523. Los intentos de conseguir una copia del manuscrito no han sido fructíferos en estos tiempos difíciles para la normalidad de comunicación, por lo que el corpus textual utilizado es el que contienen la obras de Alejandro Carrión y Aurelio Espinosa Pólit, que reproducen algo más de mil quinientas páginas.

Avatares de la Compañía

Los primeros poemas que destacamos son dos que tratan de la ausencia y la añoranza de Quito. Hay un romance muy difundido de Mariano de Andrade¹⁴, titulado «Despedida de Quito (al salir desterrado)», que es una insistencia en el dolor que la lejanía de la ciudad le causa:

Ya que la expresión no alcanza,
delicioso bello Quito,
para explicar esta ausencia,
supla siquiera el gemido.
Solas las lágrimas digan
de mi dolor lo excesivo,
pues no es grande aquel dolor
que en las voces ha cabido.
¿Es posible, que te dejo?
¿posible es, que no te miro?
¿que no veo tu hermosura?
¿que tu amenidad no piso?¹⁵.

La belleza natural de la ciudad se une a la pérdida de esperanzas en un poema que concluye afirmando que sólo resta «el martirio del recuerdo/ que queda del bien perdido».

El padre Francisco Rebolledo¹⁶, que no era quiteño, sino de Popayán (Nueva Granada, actual Colombia), pero que estuvo muy vinculado a Quito, escribe unos amplios «Llantos de la mujer perseguida», en los que metaforiza un

¹⁴ «Nacido en Quito (Ecuador) en 1734. Era hijo de Juan Silvestre de Andrade y Ventura de Villagrán. Ingresó en la Compañía en la Provincia de Quito en 1750. Realizó su noviciado en el Colegio de Latacunga, y estudió Filosofía y Teología en el Colegio Máximo de Quito, donde hizo la tercera probación y fue Maestro de Humanidades. En 1767 era sacerdote de cuarto voto en el Colegio Máximo de Quito. Fue embarcado en Cartagena [...]. En Italia residió en Forlì, legación de Rávena, en octubre de 1770, y posteriormente en Rávena, en la misma legación, donde vivía en enero, abril y octubre de 1772, en enero de 1774, en 1778, en abril y julio de 1783, en enero de 1790, en octubre de 1797, en julio de 1799, en octubre de 1803, y en julio de 1805 [...]. En 1779 figuraba entre los *signori associati* de la *Idea dell'Universo* de Lorenzo Hervás» (GIMÉNEZ, *Biografía*, págs. 1678-79).

¹⁵ CARRIÓN, *Los poetas*, II, págs. 445-449.

¹⁶ «Nacido en Popayán (Colombia) hacia 1740. Ingresó en la Compañía en la Provincia de Quito en 1759. Realizó su noviciado en la Casa de ejercicios de Quito, y estudió Filosofía en el siglo y Teología en el Colegio Máximo de Quito, donde se hallaba de sacerdote escolar operario en 1767. Fue embarcado en Cartagena de Indias [...]. Secularizado. En Italia residió en Forlì en octubre de 1770, y en Faenza, legación de Rávena, donde vivía en enero, abril y octubre de 1772. En enero de 1773 se encontraba en Ferrara, en la que falleció el 19 de noviembre de 1773» (GIMÉNEZ, *Biografía*, págs. 1760-61).

diálogo entre la ciudad y la Compañía de Jesús. El llanto lo inicia la ciudad en endechas reales a las que siguen endechas «menores» y romances en otras partes del diálogo. A pesar de su extensión, no supera casi nunca un pobre y difuminado valor poético, en el que la «mujer perseguida» da cuenta, por ejemplo, de la riqueza en casas, suntuoso templo y riquezas que ha dejado en la ciudad, sin referencias explícitas y sin nada que identifique de manera concreta los lugares aludidos. Hay, eso sí, una afirmación del recuerdo, como cuando la «mujer perseguida» afirma:

Tu imagen llevo impresa
allá en mi voluntad:
ni el tiempo, ni distancias
me la podrán borrar.
Sobre tu planta dejo
mis casas, gran ciudad:
que de la piedad fueron
no debes olvidar¹⁷.

Otro grupo de poemas tratan de la disolución de la Compañía de Jesús por el Papa en 1773. Narró la supresión de la Compañía Juan de Velasco en su *Historia moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino*, escrita en 1788. El episodio aparece en el libro VI, cap. III, bajo el título «Es extinguida la Compañía de Jesús». Tras publicarse el Breve de Clemente XIV, *Dominus ac Redemptor*, en agosto de 1773, narra cómo

El 16 del mismo, digno de borrarse del número de los días, se tuvo en Roma la Congregación de los dichos cinco Cardenales y se resolvió en ella publicar y ejecutar ese mismo día la Supresión y Abolición de la Compañía de Jesús, a los 239 años cabales de haberla fundado su glorioso patriarca San Ignacio, en el antecedente día de la Asunción de Nuestra Señora; a los 233 años de haber sido confirmada, la primera vez, por la Santidad de Paulo III; a los 205 años de haber entrado los primeros Jesuitas al Perú; a los 197 de haberse fundado el Colegio Máximo de Quito; a los ocho años y medio de haber sido últimamente confirmada, por la Santidad de Clemente XIII, con la solemnísima Bula *Apostolicum pascendi munus* a petición y con el parecer de los Obispos de la universal Iglesia, sin juicio contradictorio a la guerra que le hacía el Jansenismo; a los 6 años, 4 meses de haber sido expelida

¹⁷ CARRIÓN, *Los poetas*, II, págs. 102-103.

de los Dominios de España; y a los 5 años cabales de haber sido arrojada de la Provincia de Quito¹⁸.

Entrada la madrugada del mismo día 16, los Prelados que habían participado en el rito de la promulgación, ocuparon con soldados corsos y leyeron en la Casa donde se habían refugiado los principales de la Compañía el documento de supresión, ante el que

Obedecieron todos, sin la menor resistencia; y el Venerable y Rdo. P. Lorenzo Ricci, (XVIII y último General), que fue el primero, besó el Breve (como suelen los reos el dogal) haciendo al mismo tiempo la humilde protesta, en nombre de toda la Compañía, del derecho que tenía a ser oído, cuando fuese la voluntad divina.

Son varios los textos poéticos que en *El ocioso* se remiten a la supresión de la Compañía. El primero que cito es una traducción del Padre Ramón Viescas¹⁹ de «una poesía toscana muy celebrada», como dice en su presentación, en un poema amplio y escrito en liras del que se parte:

Nació la Compañía.
Así con voz divina el Vaticano
cuando más la herejía
rayos flechaba con soberbia mano,
a defender constante
con su escuadrón la Iglesia Militante.
[...]

¹⁸ ESPINOSA, *Los jesuitas*, pág. 97.

¹⁹ «Nacido en Quito (Ecuador) el 9 de diciembre de 1731. Era hijo de Diego Viescas de los Ríos y Josefa Calderón de la Barca, y hermano de Marcos Viescas, estudiante de Teología en el Colegio Máximo de Quito. Ingresó en la Compañía en la Provincia de Quito en 1748. Hizo su noviciado en Latacunga y estudió Filosofía y Teología en el Colegio Máximo, tras lo que ejerció como Maestro de Gramática en los Colegios Máximo y en el de Pasto. Hizo su tercera probación en el Colegio Máximo, y fue Maestro de Gramática en el Colegio de Riobamba, Catedrático de Teología Moral en el Colegio de San Gregorio, y en 1767 se hallaba en el Seminario de San Luis de Quito como sacerdote de cuarto voto. Fue embarcado [...]. En Italia residió en Rávena, donde vivía en octubre de 1770, en abril de 1772, en enero de 1774, en abril y julio de 1783, en enero de 1790, en febrero de 1793, en octubre de 1797, y en la que falleció el 7 de marzo de 1799. [...] El 21 de noviembre de 1782 solicitó socorro al rey en un memorial en representación de los jesuitas que vivían en la legación de Rávena por vivir «en la mayor estrechez para su subsistencia a causa del notable aumento de los precios en los géneros necesarios a la vida, y de las frecuentes enfermedades». Se le atribuye *Regole della Pia Unione del Sacratiss. Cuore di Gesù eretta canonicamente nella chiesa de pp. Servi de M. V. in S. Sebastiano di Ravenna*, publicada en Rávena en 1793. En 1778 figuraba entre los *signori associati* al vol. I de *la Idea dell'Universo* de Lorenzo Hervás. En diciembre de 1792 se le concedió doble pensión por sus méritos literarios» (GIMÉNEZ, *Biografía*, pág. 1782).

Hoy con nueva osadía
 volvió el Infierno todo a amenazarla:
 Muera la Compañía, acaso una hidra fiera
 Se verá (puede ser) infaustamente
 desplegar su bandera,
 con denuedo infernal y erguida frente,
 hecha fatal alianza
 con la Envidia, Interés y la Venganza.
 [...]
 Si fue el objeto hermoso
 de la envidia fatal la Compañía,
 ya es hoy un lastimoso
 despojo de una injusta tiranía:
 de muchos ultrajada,
 casi sin vida, pobre y desterrada²⁰.

José Garrido²¹ escribe otro largo poema, en endechas reales, donde traza la disolución de la Compañía, insistiendo en el anhelo de exterminio que los protestantes y luego los jansenistas han desplegado contra ella; también, cuatro coronas reales (Portugal, España, Francia y Nápoles) participan en la intriga, ante el papa Clemente XIII, que rechaza con estupor el intento, hasta la llegada de Clemente XIV, que

Aquietar no pudiendo
 estas voces funestas,
 clamores y amenazas,
 se rinde el Santo Padre a la violencia.
 Se lava antes las manos,
 protesta la inocencia
 de la víctima triste
 que le obligan sacrificar por fuerza²².

²⁰ CARRIÓN, *Los poetas*, II, págs. 11-16.

²¹ «Nacido en Loja (Ecuador) el 18 de noviembre de 1726. Era hijo de Cristóbal Garrido y Margarita Uribaste. Ingresó en la Compañía en la Provincia de Quito en 1740. Realizó su noviciado en el Colegio de Latacunga, y estudió Filosofía y Teología en el Máximo de Quito, donde hizo la tercera probación. Fue Maestro de Gramática en el Colegio de Riobamba, operario en el Colegio de Cuenca, prefecto de congregación en el Colegio de Pasto y Maestro de Teología en el Colegio de Popayán, donde se hallaba en 1767 como sacerdote de cuarto voto. Embarcado [...]. En Italia residió en Faenza, en la legación de Rávena, donde vivía en octubre de 1770, en abril de 1772, en enero de 1774, y en la que falleció el 26 de abril de 1780» (GIMÉNEZ, *Biografía*, págs. 1714-15).

²² ESPINOSA PÓLIT (ed.), *Los jesuitas*, pág. 360.

El poema más extenso se titula «Lamentos por la muerte de la Compañía de Jesús. Y consuelos por ver que comienza a resucitar por la Rusia» y es obra de Manuel de Orozco²³. La referencia histórica es la protección de la emperatriz Catalina II a la Compañía a partir de 1773²⁴. El poema, en décimas, está dividido en cuatro partes: la primera, alegórica, consiste «en que llora la muerte de la Compañía bajo la metáfora del Sol»; la segunda es «en que llora la pérdida de la Compañía bajo la metáfora del naufragio de una nave»; en la tercera «se consuela con las gloriosas causas del naufragio y con la esperanza de ver la Compañía fabricada de nuevo como nave y renacida como Sol»; por último, la cuarta parte, resulta «en que arrepentido de sus pasados lamentos, expresa su conversión», aunque el texto más parece un conjunto de metáforas personales, sin casi referencias explícita a lo que ocurre, que una reivindicación de los motivos que le dan título. Son mil seiscientos versos reiterativos del tipo de los primeros:

No de laurel coronada,
sí del más mustio ciprés,
ven, Melpómene, esta vez,
con la lira destemplada.
No de tu cuerda dorada
me inspiras la melodía;
pues queriendo yo este día
llorar mi grave dolor,
sólo el destemple mayor
hacerlo puede armonía²⁵.

Uno de los motivos que transmiten con dolor y profunda frustración es la muerte de Lorenzo Ricci, General de la Compañía de Jesús, el 24 de noviembre de 1775. Este jesuita florentino había luchado durante el decenio anterior por

²³ «Nacido en Riobamba (Ecuador) el 21 de diciembre de 1729. Era hijo de Tadeo de Orozco e Isabel de Velasco, y hermano de José Orozco, sacerdote del Colegio de Ibarra. Ingresó en la Compañía en la Provincia de Quito en 1745. Realizó su noviciado en el Colegio de Latacunga y estudió Filosofía y Teología en el Máximo de Quito. Fue sacerdote operario en el Colegio de Pasto. Hizo la tercera probación en el Máximo, Maestro de Gramática en el de la villa de Ibarra y sacerdote de cuarto voto y operario en el Colegio de Cuenca, donde se hallaba en 1767. Fue embarcado [...]. En Italia residió en Rávena, donde vivía en octubre de 1770, en abril de 1772, en enero de 1774, en abril y julio de 1783, y en la que falleció la noche del 17 al 18 de octubre de 1786. En 1779 figuraba entre los *signori associati* de la *Idea dell'Universo* de Lorenzo Hervás». (GIMÉNEZ, *Biografía*, págs. 1748-49).

²⁴ Hace un interesante análisis sobre este motivo Isidro María SANS, «Muerte y resurrección de la Compañía de Jesús: 1773-1814», *Anuario de Instituto Ignacio de Loyola*, 17 (2010), págs. 413-499. En <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcvt275>. Consultado el 20 de enero de 2021.

²⁵ ESPINOSA, *Los jesuitas*, pág. 395.

estabilizar la difícil situación que tenía la Orden en Europa, para lo que obtuvo el apoyo del Papa Clemente XIII. Sin embargo, el sucesor de este, Clemente XIV, con la suspensión de la Orden, decidió el encierro del General de la Compañía en el Castel Sant'Angelo. El sucesor de Clemente en 1774, Pío V, ordenó la liberación de Ricci, pero este falleció antes de la misma.

Son varios los textos que aparecen dedicados a Ricci; primero durante su prisión y después en su muerte. Como traducción de Viescas, aparece una décima y un soneto con la mención de que en Holanda apareció un retrato del jesuita encarcelado, con varias inscripciones, entre las que aparecían dos dísticos en latín, siendo el primero: «Insons, cur haeres Romano in carcere, Ricci, / tu qui Romano murice dignus eras?»²⁶ («Siendo inocente, ¿porqué permaneces preso en la cárcel romana, Ricci, / tú que eres digno de la romana púrpura»). Los primeros versos insisten sobre esta idea:

De Roma en cárcel tirana
inocente estás metido,
Ricci, habiendo merecido
tú la púrpura romana²⁷,

El soneto insiste en lo mismo, como si fuera traducción del dístico latino, aunque mantiene un juego de palabras para señalar al culpable de la detención:

¿Por qué de Roma en la prisión tirana
encarcelado estás, Ricci inocente,
habiendo merecido dignamente
múrice tirio y púrpura romana?
¿Por qué (esta) detención tan inhumana,
en vil mazmorra lóbrega y fetente,
constando que tu Juez todo es Clemente
y que toda tu culpa es ficción vana?²⁸.

Hay otros ejemplos que se intensifican cuando en agosto de 1775, Ricci muere en Sant'Angelo. Hay en *El ocioso* dos poemas, según indica su entrada,

²⁶ El texto aparece en Christoph GOTTLIEB VON MURR, *Journal zur Kunstgeschichte und zur Allgemeinen Litteratur*, Nuremberg, Johan Eberhard, 1776, pág. 358, dentro de varias páginas dedicadas a Lorenzo Ricci (págs.353-358). En red en <https://play.google.com/books/reader?id=pYnkAAAcAAJ&hl=es&pg=GBS.PA266>. Consultado en enero 2021.

²⁷ CARRIÓN, *Los poetas*, II, págs. 197.

²⁸ CARRIÓN, *Los poetas*, II, págs. 198.

que son traducciones de un original en francés leído en las exequias que se hicieron en Montpellier al General de la Compañía. Los autores de las traducciones son Juan Ullauri y Ramón Viescas, quien ofrece versos de mayor calidad que el primero:

Esto es hecho: tú mueres.
¡Oh grande Ricci, la infeliz carrera
de tus amargos días, ya severa
corta la Parca!... pero tú no esperes
que a tan fatal momento
suceda mi lamento;
porque, aunque ya extinguida
entre mortajas y entre el polvo yerto
del sepulcro tu vida esclarecida
yace, no lloro; porque bien advierto
que no ha de ser llorada
una muerte de tantos envidiada.
Entre los escuadrones
que el nombre de Jesús ennoblecía,
tú militaste un día,
uno de sus mejores campeones.
Fuiste el Padre común, el jefe fuiste
de su escogida tribu; tú seguiste,
bajo el rojo estandarte,
sus huellas, sus virtudes;
y por eso también tú fuiste parte
en el curso de sus vicisitudes
de sus trabajos, de su adversa suerte,
de ultrajes y calumnias, llanto y muerte²⁹.

Otros poemas contienen claves importantes de momentos de la vida cultural y política de aquellos años. Ambrosio Larrea³⁰ escribió un romance

²⁹ ESPINOSA, *Los jesuitas*, págs. 287-88

³⁰ «Nacido en Riobamba (Ecuador) el 7 de diciembre de 1742. Era hijo de José de Larrea y Teresa de León, hermano de Joaquín Larrea, estudiante del Colegio Máximo de Quito, y sobrino del conde del Real Agrado. Ingresó en la Compañía en la Provincia de Quito en 1760. Realizó su noviciado en el Colegio de Quito, y estudió Filosofía en el Colegio de San Luis y Teología en el Colegio Máximo. Fue operario de indios y españoles en dicho Colegio Máximo, donde hizo la tercera probación y se hallaba en 1767 como sacerdote escolar. Fue embarcado [...]. En Italia residió en Forlì en octubre de 1770, y desde 1771 en Faenza, donde se hallaba en enero y abril de 1772, y Rávena, en la misma legación, en enero de 1774, en 1775, en abril y julio

dedicado a «Cuando se quemó en Roma la obra intitulada *Memoria Católica*». Es un poema de cierta calidad sobre un episodio que podemos reconstruir a propósito del libro que fue destruido, que no es otro que la *Memoria cattolica alla Santità di Nostro Signore Papa Pio VI*, publicado en 1780. Se trata de una diatriba contra el breve de disolución de la Compañía de Jesús, declarándolo inválido y afirmando por tanto que la misma sigue existiendo. En 1781, el 13 de junio, el cardenal Inocencio Conti publica un decreto en el que condena la obra, su lectura y pertenencia bajo pena de excomunión, y dictamina su quema pública.

El poema de Larrea cuenta la quema de la obra en el «Campo de Flora» romano; ya entonces, «Campo dei fiori», en cuya Plaza hay desde el siglo XIX una estatua de Giordano Bruno, quien en 1600 fue calcinado allí por la Inquisición romana. Se dice en el poema que:

Pero que arda la *Memoria*,
es un enigma, un misterio,
que sólo en el Purgatorio
sucede, y en el Infierno.
Mas ahora con maravilla
se ha visto que este elemento
ha reducido a cenizas
memoria y entendimiento.

Un debate sobre la memoria, la condena a las llamas en nombre de la fe, el fuego que hace que quemen «de hoja en hoja» las flores del más brillante ingenio, en un incendio «que parece/ quiere subir al cielo», acaba con una reivindicación metafórica del libro que tan amplia tensión había creado entre los expulsos y el Vaticano³¹,

Se redujo ya a cenizas
la *Memoria*: pero miento,
pues vivirá mientras viva
el católico recuerdo³².

de 1783, en 1788, en enero de 1790. En Verona en octubre de 1797, en 1801, en octubre de 1803 y en julio de 1805» (GIMÉNEZ, *Biografía*, págs. 1728-1729).

³¹ Ha realizado una amplia reconstrucción del episodio y de la persecución de la *Memoria Católica* Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ, *Tempestad en el tiempo de las luces. La extinción de la compañía de Jesús*, en curso de edición.

³² ESPINOSA, *Los jesuitas*, pág. 557.

La muerte de Francisco Javier Clavijero, el más relevante de los jesuitas mexicanos en el exilio, al menos para la posteridad, generó un poema interesante sobre todo por una referencia final inesperada. Es del padre Ambrosio Larrea que, ante el sepulcro de Clavijero, escribe:

Y mire el peregrino
esta inscripción grabada,
en el funesto mármol,
por mano del Amor y de las Gracias:
Clavijero aquí yace:
su nombre solo basta
para hacer su memoria
eterna en los anales de la Fama.
Yace; mas mira atento,
que triunfa aun de la Parca,
pues con sus obras tiene
a la rabiosa Envidia encadenada.
Que el siglo de las luces
ya pierde la esperanza
de conservar tal nombre,
viendo apagado el sol que lo alumbraba³³.

En el poema hay al final la constatación de que el «siglo de las luces» pierde a Clavijero, y es una de las pocas veces que un sintagma tan significativo aparece en *El ocioso* y en el pensamiento de los jesuitas expulsos. Sobre la figura de Clavijero y su aproximación a Giambattista Vico a través de Lorenzo Boturini, publiqué un trabajo hace años en el que intentaba comprender la distancia con la Ilustración, a pesar de su condición de Ilustrado, del jesuita mexicano³⁴.

Una polémica literaria y casi una broma teológica: calvaristas y taboristas

La primera indicación de esta polémica entre calvaristas y taboristas la obtuvimos a través de Juan León Mera;

³³ ESPINOSA PÓLIT (ed.), *Los jesuitas*, pág. 554.

³⁴ José Carlos ROVIRA, «De Boturini a Clavijero: Giambattista Vico y la recuperación dieciochesca del mundo indígena americano», Daniel MEYRAN (Ed.), *Italie, Amérique latine, influences reciproques*, Roma, Bulzoni, 2011, págs. 103-116.

[...] unos desesperaban del restablecimiento de la Compañía; otros por el contrario, lo creían posible. Tristes y desconsolados los primeros, y conformes y alegres los segundos, abrieron una liza poética en la cual expresaban sus contrarios pareceres, fundados en las razones que cae la cual tomaba de las circunstancias actuales. *Calvaristas* se apellidaban los que creían en la abolición perpetua de la orden, y *Taboristas* los que esperaban en su resurrección. En esta contienda se presentó Viescas con el título de *Musa escéptica*, pues no se avino con las ideas de ninguno de los dos bandos, y yacía envuelto entre mil dudas, o *metido en el limbo*, como decía ³⁵.

Los montes Tabor y Calvario tienen un simbolismo explícito en dos momentos de la vida y muerte de Jesucristo. Tabor, sabemos es el lugar de la Transfiguración, cuando, acompañado por los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, se le aparecen Moisés y Elías, y una luz celeste lo transfigura y hace su vestido blanco, mientras una voz desde una nube dice: «Este es mi Hijo amado, escuchadle» (Marcos, 9, 2-10), para confirmar el carácter divino de Cristo y su resurrección futura. Calvario, como imagen contraria, es el lugar de la muerte, el relato principal evangélico del que Cristo saldrá mediante la Resurrección.

Tabor y Calvario son dos elementos opuestos en un relato unitario, que confluye en los mismos sentidos y que, en el marco del exilio jesuítico en Faenza, se convierte en un debate casi teológico por el que la Compañía de Jesús adquiere la personificación de la misma en la imagen de la transfiguración y en la opuesta de la muerte en el Calvario. Lo explicó al comienzo del Volumen V de *El ocioso*, que está dedicado a la polémica que Velasco introduce como «Certamen poético que puede llamarse Comedia sobre el Calvario y Tabor»:

Siendo los Jesuitas extrañados de los dominios de España, se dividieron desde los principios de su destierro en dos partidos. Uno, de los que, discurriendo melancólicamente, no esperaban sino más y más trabajos, sin que rayase jamás en sus hemisferios tristes vislumbres de consuelo. Otro, de los que, discurriendo alegremente, se hallaban llenos de confianza, fundada en el poder divino y apoyada con noticias muy humanas. Aquéllos se persuadían a que solamente la muerte pondría fin a su destierro y trabajos; estos, a que triunfantes y repuestos en su antiguo honor, volverían luego a sus Provincias y Patrias. Aquellos, como fieles compañeros de Cristo, resolvían mantenerse constantes al pie de su cruz en el Calvario; estos, no menos secuaces del mismo Cristo, querían acompañarle, pero gustosos, en las glorias del Tabor, con la esperanza firme de volver a hacer resplandecer esa misma

³⁵ Juan LEÓN MERA, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, Barcelona, Imprenta y litografía de José Cunill Sala, 1893, pág. 138.

gloria de Cristo en todo el mundo. Aquéllos, en fin, quedaron caracterizados por eso con el nombre de *Calvaristas*, y con el de *Taboristas* éstos³⁶.

Recoge Velasco, en más de doscientas cincuenta páginas, poemas de Francisco Javier Lozano, como calvarista, y de Manuel Iturriaga, al que califica de taborista, los dos pertenecientes a la Provincia de México; a Lozano lo vamos a conocer en un próximo epígrafe por su relación literaria con Velasco, a quien le daba a leer sus poemas para que los valorase. También hay un largo poema «imparcial» de José Garrido, al que ya hemos conocido antes.

Cierra la polémica un texto de más de setecientos versos de Viescas, cuyo título indica la superación del debate: «La musa escéptica que excusándose de ir al Tabor y al Calvario, elige por su habitación el obscuro Limbo de sus dudas». Es sin duda el mejor del amplio conjunto y concluye entrando en el limbo del debate:

Y, en fin, a unas Musas ruego,
ya que no es muy necesario
ir al Tabor ni al Calvario,
que me excusen desde luego.
Pues por buscar mi sosiego
en el Limbo estoy metido,
mientras Dios fuere servido,
donde libre del engaño,
padezco pena de daño,
pero no la del sentido³⁷.

Clausura esta polémica un texto de Juan de Velasco que clarifica lo que el recopilador ha considerado un debate innecesario:

Cuando esta Musa les pidió a las dos litigantes facultad para hablar sobre el asunto de la discordia, les temblaron las pantorrillas, porque oyendo su arrogante voz y observando su barba roja, sacaron malos augurios. No obstante, le dieron el permiso, por cortesía, cuando debían negarlo por conveniencia. La vieron en efecto empeñada en derrocar ambos sistemas, y en fabricar sobre sus ruinas el de su soñada Imparcialidad parcial. Mas observando el infeliz éxito, no pudieron menos que sonreírse con modo picaresco, y desdeñarse de altercar con ella. Quien ha leído sus décimas, habrá visto ya que no es otro su intento, que echar a rodar

³⁶ ESPINOSA PÓLIT (ed.), *Los jesuitas*, págs. 169-170.

³⁷ ESPINOSA PÓLIT (ed.), *Los jesuitas*, págs. 346.

el sistema del Tabor, como incapaz de fundarse en él esperanza alguna para los desterrados hijos de Eva, y colocar toda la esperanza en el Calvario; por donde ni el Calvario sea Calvario, ni el Tabor, Tabor, sino todo un puro desatino, fraguado sobre paridades falsas y textos mal entendidos de la Escritura. Yo la hubiera echado a pasear, sin darle puesto en el Entremés, observando el refrán que dice:

De ese pelo,
no se debe tener
petaca ni perro³⁸.

Me ha interesado más que el debate, que está parcialmente publicado, el origen de este juego teológico que acaba casi en una broma para Viescas y Velasco. No he encontrado ningún testimonio previo a los jesuitas expulsos de este planteamiento y hace bien Velasco en clausurarlo como «un puro desatino, fraguado sobre paridades falsas y textos mal entendidos de la Escritura». Es evidente que surgía de un imaginario de insistencia entre el monte Tabor y el Calvario: los jesuitas, y muchos más religiosos, confluyeron siempre en la relación de los dos montes. En el tiempo del que hablamos, encuentro textos en los que los montes son favorecidos de Dios «como el Tabor, Calvario, Sinaí, y otros; pero a este, a distinción de los otros, la llaman montaña de Dios; es fácil la solución porque en el Tabor se transfigura, en el Calvario muere, y en el Sinaí trata con Moisés como amigo: en todas estas montañas muestra su divinidad»³⁹. He encontrado relaciones insistentes entre los dos significados de los montes en un jesuita como Barthélemy Baudrand, cuya *L'Ame sur le Calvaire* fue muy conocida; en ella leo lo que es un planteamiento utilizado otras veces por este autor:

[...] caminemos en pos de él, subamos con él al Calvario, y no dudemos de que el Señor nos ayudará a sufrir por él, y aun si es necesario a morir con él. ¿Cómo podremos los cristianos apegarnos a la vida, viendo como nuestro Salvador es conducido a la muerte? ¿Nos atreveremos a desear el Tabor, cuando le vemos tomar el camino del Calvario? Sigámosle, y juntémonos con él para siempre⁴⁰.

³⁸ ESPINOSA PÓLIT (ed.), *Los jesuitas*, pág. 377.

³⁹ *Relación de las fiestas con que el colegio de Montesión de la Compañía de Jesús de Mallorca ha celebrado la Solemne Canonización de San Luis Gonzaga y San Stanislao de Kostka de la misma Compañía*, Mallorca, Geronime Frau, Impresor de la Real Audiencia, 1727, pág. 78.

⁴⁰ Cito de una traducción española de 1862, aunque las ediciones originales de *L'Ame sur le calvaire* fueron frecuentes y muy difundidas en el último cuarto del siglo XVIII: *Al pie del Calvario, considerando los tormentos de Jesucristo y hallando al pie de la cruz el consuelo de sus penas*, Libro traducido del francés por Don Manuel Vela y Olmo, Barcelona-Buenos Aires, Alou Hermanos Editores, 1862, págs. 80-81. El autor, que acabó sus días como abate en 1787 en Lyon, no firmaba en los años 70 sus obras desde la expulsión de Francia de la Compañía.

Aunque el falso debate, que provocó tantos versos innecesarios, parece no tener orígenes concretos más allá de la geografía de la Italia septentrional, valores como los que señala Baudrand estaban muy presentes como oposición religiosa que se podría convertir en histórica a través de la identificación de Cristo con la Compañía de Jesús.

Lectura y crítica literaria, entre la trascendencia y las bromas cotidianas

Las horas había que matarlas no solo con asuntos trascendentales, sino también con lecturas, críticas y escritura creativa a veces. Juan de Velasco fue maestro en esa faceta y hay algunos poemas, suyos o de otros, dedicados a obras poéticas y literarias, ampliando la crónica personal y social a ingenios, por ejemplo, de la literatura italiana.

Los primeros en ser atendidos en los diálogos literarios que aparecen en *El ocioso* son de todas formas los poetas próximos sobre los que tenemos peripecias y biografías literarias. Por ejemplo, la figura de un poeta al que Juan de Velasco le envía una valoración de una obra, en «Al Padre Francisco Xavier Lozano, enviándole la censura de su obra». Sobre el jesuita Lozano, hay una amplia identificación biográfica⁴¹. Hoy, podemos avanzar más hasta en su perfil literario y en el sentido del poema que le dedica Velasco.

Francisco Xavier Lozano era maestro en la décima y de hecho una obra suya es un tratado teológico basado, dice, en la Sagrada Escritura y escrito en décimas⁴², pero aquí, la obra que le ha dado a leer a Velasco es otra por lo que dice el poema. Velasco comienza saludándole, tras la lectura de la obra:

⁴¹ «Nacido en Valdepeñas (Ciudad Real) el 9 de septiembre de 1721. Era hijo de Martín Lozano y Juana Ruiz Galeano. Ingresó en la Compañía en la Provincia de Castilla el 14 de abril de 1737. Pasó a la Provincia de México en 1744 en misión que se embarcó en la bahía de Cádiz. Vivió en el Colegio Máximo de México, donde acabó sus estudios. Fue Maestro de Gramática en el Colegio de Oaxaca y realizó la tercera probación en el Colegio del Espíritu Santo de Puebla. Posteriormente fue Maestro de Filosofía en el Colegio de Durango, operario en la Casa Profesa de México y Prefecto de Congregación en los Colegios de Zacatecas y Las Parras, donde se hallaba en 1767 como sacerdote de cuarto voto [...]. En Italia residió en Castel San Pietro, legación boloñesa, donde se encontraba en enero, abril, julio y noviembre de 1770, en abril y julio de 1772, hasta 1775, en que se trasladó a Imola, en la legación de Rávena, donde vivía en abril y julio de 1783, en octubre de 1788, en enero de 1790, en enero de 1791, «con 71 años y muy pobre» en febrero de 1793, en octubre de 1793. Regresó a España en 1798, y falleció en Elche (Alicante) el 11 de junio de 1801 después de solicitar el 27 de marzo anterior se le eximiese de la expulsión por su deficiente estado de salud. En 1780 figuraba entre los *signori associati* de la *Storia antica del Messico* de Clavijero» (GIMÉNEZ, *Biografía*, p. 1139)

⁴² Francisco Javier LOZANO, *Recuerdos de las eternas verdades confirmados con la Sagrada Escritura, y expuestos en décimas castellanas*, Cesena, Biasini, 1788.

Amigo, con gran dulzura,
he leído y releído
la grande obra que has querido
sujetar a mi censura....,

para afirmar luego:

Es mi parecer genuino
que sacaré en el hecho
tu versión mayor provecho
que su original latino,

para insistir después en el valor de la traducción que ha realizado:

Lo restante, por Dios santo,
te conjuro a que se escriba
en décimas: de esto estriba,
que salga la traducción
sin alguna imperfección
redonda de abajo arriba,

porque la décima, nos dice, es la estrofa que mejor se acomoda al tema propuesto, con afortunada comparación con el salterio de diez cuerdas:

Soy también de la opinión,
que el metro proporcionado
para asunto tan sagrado,
solas las décimas son.
Basta y sobra la razón,
que en el frontis nos acuerdas,
no porque al censor lo muerdas,
sí sólo para probar
que a Dios se debe cantar
en salterio de diez cuerdas.⁴³

Se trata por tanto de la traducción de la obra de *De Deo deoque homine heroica* de Diego José Abad, posiblemente a partir de la edición de Cesena de 1780⁴⁴:

⁴³ CARRIÓN, *Los jesuitas*, I, págs.106-110.

⁴⁴ Diego José ABAD, *De Deo deoque homine heroica*. Editio tertia postuma. Ceseane. Apud Gregorium Blasinium, 1780 (Es la edición completa en sus 43 cantos)



La traducción de Francisco Javier Lozano⁴⁵ es la que reproduzco en su cubierta (imagen a la derecha).

Otro poema tiene que ver con la devolución de un libro de poesía al marqués Alexandro Ghini, que le había prestado un tomo de Filicaja. Es, de nuevo, Juan de Velasco el que lo escribe: Vincenzo Filicaja es un poeta toscano, nacido a mediados del siglo XVII y con un cierto reconocimiento que el tiempo no ha contribuido a consolidar. Habla Velasco elogiosamente de los versos del marqués «tan perito en lengua española», dice en el título, y afirma que Ghini—o Ghino como dice algún verso— se ha nutrido de:

Tu verso, que es sagrado y es divino
 La elevación demuestra de tu mente
 [...]
 Muestra que es fuente cristalina y sana
 Donde bebiste la elocuencia pura,
 Filicaja, la Gran Musa toscana.
 Leí sus versos llenos de hermosura,

⁴⁵ *De Dios y sus atributos*. Poema dispuesto en verso español por Francisco Xavier Lozano de Valdepeñas, Barcelona, por Francisco Suriá y Burgada, 1788, 2. Vol.

Cual abeja que yendo a la mañana
De flor en flor se chupa la dulzura⁴⁶.

Ha comentado, en un interesante artículo, aunque aventurado en sus conclusiones, Patrizia Di Patre⁴⁷, que el poema de Velasco, como otros de *El ocioso*, tiene una traducción italiana, y hay otros poemas en italiano en la recopilación que analiza con conocimiento, para indicar que, en relación a este, sus últimos versos: «Leí sus versos llenos de hermosura,/ Cual abeja que yendo a la mañana/ De flor en flor se chupa la dulzura», que son —dice la autora— un «Final feliz —no deja de ser emblemático— en una pieza inusualmente torpe», y llega, a través de Federico De Sanctis, al origen posible en Filicaja de la metáfora de la abeja y las flores, aunque es evidente que podía haber ido más lejos, hasta Horacio o Séneca por ejemplo.

El libro que le debió de prestar fue sin duda, por la referencia que establece a Vincenzo Filicaja como «la Gran Musa Toscana», las *Poesie Toscane* de este poeta barroco que había fallecido a comienzos de siglo en su Florencia natal. Pudo ser la edición de 1771, cuya cubierta reproduzco, la que le hubiera prestado Ghini:



⁴⁶ CARRIÓN, *Los poetas*, II; pág. 111

⁴⁷ Patrizia DI PATRE, «L'averti fatta parte per te stesso...». *El Ocioso* entre vanguardia y nostalgias», *Digilenguas*, 15 (2014), págs. 124-143.

Me centro ahora en Alessandro Ghini, que le prestaba libros a Velasco, y lo encontramos alguna otra vez haciendo lo mismo con otros jesuitas de la zona, como al principal Lorenzo Hervás, que una vez nos cuenta que «en un tomo de las obras de Plinio, perteneciente a la librería de mi amigo el señor Alexandro Ghini, he leído...»⁴⁸. Sí, el Marqués Alessandro Ghini prestaba los libros de su rica biblioteca en su Palacio de Cesena, y protegía la actividad de los jesuitas. En el caso de Hervás, le dedicó el tomo VII de su *Idea dell'Universo* (y otros tomos a la marquesa Ghini y otros familiares de los que había sido nombrado preceptor). No hay duda que la edición primera⁴⁹ de la obra de Hervás, redactada por él mismo en italiano, se publicó en Cesena por el mecenazgo del marqués Ghini⁵⁰, y esta constatación nos abre el capítulo del patrocinio que seguramente estaba pidiendo Velasco al poderoso Marqués; quizá algo tan sencillo y difícil como la publicación de sus voluminosos manuscritos de recolección poética.

Una autodefensa poética desde la intrahistoria

Llegaron a Faenza y a otras ciudades italianas con el desconcierto del destierro que luego agravó la disolución de la Compañía por el Papa. Subsistían con los escasos recursos que les otorgaba la Corona que los había expulsado de España y de los territorios de América. Tenían formación humanística y creo que la *Ratio Studiorum* era desde fines del siglo XVI una razón de peso que había articulado conocimientos y recursos para sobrevivir también culturalmente.

Juan de Velasco, junto a su propia obra, realizó un trabajo de recopilación poética que da cuenta sobre todo de las preocupaciones, añoranzas, inquietudes, debates más o menos inspirados, de una colectividad de quiteños en Faenza y también de otros geográficamente próximos.

En las más de mil páginas impresas que he conocido —un día obtendré copia del manuscrito en sus cinco volúmenes— podemos encontrar, junto a la exposición ideológica de las preocupaciones principales, bromas y seriedades que no he podido recorrer: alguno se ríe del disfraz de abate y de lo mal que le

⁴⁸ Lorenzo HERVÁS Y PANDURO, *Historia de la vida del hombre*, Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1799, tomo VII, pág. 136.

⁴⁹ Lorenzo HERVÁS Y PANDURO, *Idea dell'Universo Che contiene la Syoria della vita dell'uomo*, Cesena, Gregorio Biasini, 1780.

⁵⁰ Ha dado cuenta de la relación de Hervás con los marqueses de Ghini —Alessandro y su padre, que es el que la inició— Antonio ASTORGANO ABAJO, «El universalista Hervás, propulsor de la literatura jesuítica de los expulsos en la Imprenta Biasini», *Eikasía-Revista de Filosofia*, 81 (mayo-junio 2018), págs. 463-501.

sienta a Juan de Velasco por sus piernas cortas; o de una «calva apóstata» a la que realiza una requisitoria la Venerable Cofradía de los Calvos; o de la tierra en que viven en relación a la abandonada, en poemas burlescos y satíricos; o, más trascendentes, miran al sepulcro de Dante que se acaba de reinaugurar en Rávena por acción del cardenal Luis Valentí Gonzaga, mirada que realiza ante la sepultura, como en un sueño, Ramón Viescas, quien escribe poemas afortunados en *El ocioso*, como este que recuerdo.

Ante un conjunto tan amplio de textos, es necesario plantearse también lo que no estaban pudiendo entender: sólo he encontrado dos citas en el repertorio que dan cuenta del «siglo de las luces», y tendríamos que plantearnos a través de ello el problema de los jesuitas y la Ilustración que, en la forma ideológica de los enciclopedistas o en la más acuciante políticamente del Despotismo Ilustrado, los perseguía. Con algunas excepciones, no intentaron entender este pensamiento nuevo en el Nuevo Mundo y menos en el que les había acogido⁵¹.

Crearon una barrera de defensa mediante libros que incidían en la historia de los propios países de América, mediante estudios también que defendían la naturaleza americana de insidiosas elaboraciones y campañas europeas.

Participaron en defensas de la Orden, protestando por el encarcelamiento de su General, Ricci, y por su muerte, preso en el Castel Sant'Angelo. Protestaron por la quema en las plazas romanas de la *Memoria Cattolica*, que defendía a la Compañía frente a la bula papal que la había disuelto.

Crearon falsos debates que, más que teológicos, eran retóricos sobre la identificación de la Compañía con la transfiguración y la crucifixión, sobre los dos montes ideales de la tradición evangélica, el Tabor y el Calvario. Juan de Velasco clausuró con firmeza aquellos certámenes como desatinos e incomprensión de las Sagradas Escrituras.

Debatieron sobre cuestiones literarias, sobre libros y poetas, y vislumbraron mecenazgos para aliviar sus carencias y publicar sus obras. Valorando el corpus poético que produjeron, no es tanto el aprecio a su poesía la que nos acerca a ellos, sino el hecho de que, en cinco volúmenes, mantuvieron la intrahistoria de un período difícil de la vida de la Iglesia a la que podían restituir, desde su obligada marginalidad, la presencia cultural de su propio mundo, que estaba a miles de millas de distancia y que habían tenido que abandonar.

⁵¹ Recuerdo una síntesis interesante del problema en Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ, «Los jesuitas y la Ilustración», *Debats*, 105 (2000), págs. 131-140.